CARLOS GARCÍA MIRANDA

EL CLUB DE LOS ESCRITORES CRIMINALES

CROSS BOOKS

Cualquiera puede morir en el siguiente capítulo.
Cualquiera puede ser el asesino.

CARLOS GARCÍA MIRANDA

EL CLUB DE LOS ESCRITORES CRIMINALES

CROSS BOOKS

CROSSBOOKS, 2023
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto, Carlos García Miranda, 2023
© Editorial Planeta S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: octubre de 2023
ISBN: 978-84-08-26004-2
Depósito legal: B. 13.946-2023
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

—¿Qué se siente siendo Ángela?

—Miedo. Sobre todo, miedo.

La periodista escribió en su cuaderno las palabras de Bárbara Andrade. En solo unos días se iba a estrenar la serie de la que era protagonista, *Los crímenes de la Complutense*. Bárbara interpretaba a Ángela, la estudiante de la universidad que mató a su profesor junto con sus amigos del club de lectura. Después de aquello, un payaso asesino fue matándolos a todos, de uno en uno, pero Ángela logró sobrevivir y escribió todo lo que ocurrió en un libro que se convirtió en un superventas. Ahora esa historia real era una serie de ficción que apuntaba a éxito de la temporada. Bárbara era la protagonista de sus ocho capítulos, uno por cada asesinato. No había sido nada fácil hacerse con el papel. Bárbara tuvo que someterse a un eterno *casting* al que se presentaron todas las actrices de su perfil, de las que tienen más encanto que atractivo. Los meses antes de que comenzara el rodaje, se sometió a una intensa preparación en la que intentó entender a Ángela, un personaje que, para su sorpresa, resultó ser de lo más complejo. Para empezar, porque había matado a una persona, Cruzado; el payaso rebautizó al club de lectura como un club de lectores criminales porque en eso se convirtieron al matar a su profesor. Además, Ángela fue responsable, en parte, de todas las muertes que ocurrieron. Si ella no hubiera

escrito aquella novela, *La niña de Carrión*, basada en la vida desgraciada de Alicia, nada habría ocurrido.

—Es difícil interpretar a alguien que sabes que existe. ¿Tuviste algún contacto con la verdadera Ángela? —le preguntó la periodista.

Bárbara se movió en la silla, una de esas de tijera con asiento de tela negra y el nombre en el respaldo. Estaban en el mismo plató en el que se había rodado la serie, una enorme nave en la que había réplicas de los escenarios principales en los que tuvieron lugar los crímenes de la Complutense. La fachada de la universidad, la biblioteca, el aula del club de lectura, la residencia, la habitación de Ángela... Todo era falso, de cartón piedra, aunque parecía real. Entre esas paredes móviles, Bárbara y el resto del reparto, todos chicos y chicas jóvenes con K seguidores en Instagram, habían reproducido lo que ocurrió en la Complutense. El acoso de Cruzado; la broma del payaso asesino; la muerte de Virginia; la de Rai; la verdadera historia de Alicia. Casi tres meses de rodaje en los que Bárbara se sintió en el vagón delantero de una montaña rusa de emociones.

—No, no conocí a Ángela. Lo intenté, pero ella no quiso —le explicó la actriz toqueteándose el pelo como hacía siempre.

Llevaba un corte idéntico al de la verdadera protagonista en la época de la Complutense. Ángela y ella eran como dos gotas de agua, un extraordinario parecido que se convirtió en su principal punto a favor para hacerse con el papel.

—Supongo que ya te lo habrán dicho, pero es increíble lo mucho que os parecéis Ángela y tú.

—¡Gracias! Aunque no he conocido a Ángela, sí que he pasado mucho tiempo estudiándola. Me siento muy cerca de ella. Además, somos igual de miedosas.

Lo dijo con frivolidad porque Bárbara era así, aunque sin dejar de imitar la forma de hablar de Ángela. Tenía estudiado el tono en el que pronunciaba cada palabra, las inflexio-

nes de la voz, los movimientos de las manos... Cuando se metía en el papel, era casi una fotocopia de ella.

—Sé que hay un montón de secretismo, pero... ¿puedes decirnos si la historia de Ángela va a continuar?

—Te prometo que no sé si vamos a renovar por una segunda temporada.

—¿La cadena no os ha adelantado nada?

—De veras que no. Lo que sí te puedo asegurar es que yo estaría encantada de volver a interpretar a Ángela. Ha sido una experiencia muy intensa, pero también superdivertida.

Aún no se había estrenado y en Twitter ya había miles de críticas justo por ese motivo. Decían que habían convertido una historia real y dramática, en la que varias personas perdieron la vida, en una serie de terror adolescente llena de puñaladas que se anunciaba como «un *slasher* tan terrorífico como divertido».

—Lo cierto es que parece que la serie está levantando ampollas y creando polémica desde antes de su estreno. ¿Tienes miedo a las críticas? —le preguntó la periodista.

—Me dan bastante más miedo los payasos asesinos —bromeó la actriz mientras miraba sus redes sociales, sin ganas de seguir con la entrevista.

Bárbara le lanzó una mirada a su representante, que llevaba todo el día a su lado, controlando los tiempos de las entrevistas y protegiéndola de preguntas incómodas. Lo de la polémica en torno a la serie lo era. La aburría.

—Lo siento, pero ya no tenemos tiempo para más preguntas —dijo su representante, cortando la entrevista con un lamento impostado.

Bárbara se puso en pie para despedirse con una sonrisa de esas que había aprendido a dibujar en el rostro siendo actriz.

—Qué pena, lo estaba disfrutando mucho —siguió interpretando el papel.

¡Al fin había terminado el día de entrevistas! Bárbara pasó unos minutos recogiendo sus cosas y despidiéndose del equipo, que también se marchaba, con un punto de altiveza. Ella y su representante fueron de los últimos en salir del plató. El de seguridad ya iba a cerrar la puerta.

—No olvides que mañana se estrena el primer capítulo en el festival de Sitges.

—¿Cómo lo voy a olvidar? Tengo un vestidazo colgado en el armario que me lo recuerda.

Se lo había enviado un diseñador con el que solía colaborar. Eso era de las mejores cosas de ser actriz. También los bolsos que le regalaban, como el Gucci que llevaba colgado del hombro en el que vibró su móvil. Acababa de llegarle un whatsapp.

Gabi
No te vayas ahora que esto se ha quedado vacío...
20:12

En la serie interpretaba a Nando, el novio de Ángela. Gabi y Bárbara habían compartido cientos de secuencias durante el rodaje de la serie y no les estaba resultando fácil separarse. Ambos tenían pareja, igual de famosa que ellos, así que esa aventura tenía que ser un secreto. Tampoco tenían muchos reparos morales en que así fuera.

—Me he dejado el cargador del móvil dentro —le mintió Bárbara a su representante mientras volvía a la puerta del plató.

Le insistió en que no hacía falta que la esperara, pediría después un Uber. A pesar de las protestas del de seguridad, que quería cerrar la puerta de una vez, Bárbara volvió al plató. Estaba en silencio, olía a madera y cables, y apenas había luz, solo las de emergencia.

Bárbara
¿Dónde estás? Creía que íbamos a vernos en tu loft después de las entrevistas...
20:16

Gabi
Mi loft está ocupado, sorry.
20:16

Bárbara
No me digas más, están tu novia y su amante...
20:16

Gabi
Jajajaja. Anda, ven...
20:17

Bárbara recibió una fotografía en su móvil. Se veían los abdominales de Gabi y la goma de la ropa interior, blanca y de Calvin Klein, como siempre.

Bárbara
Esa foto ya me la mandaste hace unos días.
Hazte una nueva, no seas vago. Dónde leches estás???
No se ve nada.
20:18

Lo siguiente que le llegó fue su ubicación, que parpadeó en la pantalla cuando Bárbara la abrió en el móvil. Parecía que Gabi estaba solo a unos metros, a la derecha.

Bárbara
Tío, ahí está el despacho de Cruzado... Eres un pervertido.
20:18

En ese despacho Bárbara había interpretado una de las secuencias más incómodas de la serie. Además, ni siquiera sabía cómo llegar hasta allí, apenas había luz y no era fácil orientarse. Todo eso se lo dijo a Gabi en un mensaje de audio. Antes de que se lo enviara, llegó el sonido de las luces de los focos, cargándose para encenderse, hasta que todo el plató quedó iluminado. Bárbara se encontraba en esa falsa entrada de la facultad, aunque la fachada era idéntica a la de la Complutense. Al atravesarla, llegó hasta el inmenso recibidor coronado por una estatua del Quijote empuñando una espada afilada. El arma era real, habían necesitado que lo fuera para que la muerte de Cruzado, al caer por la escalera que desembocaba allí y clavársela, fuera creíble. Bárbara se movió por entre las paredes de mentira hasta recorrer los metros del set que la llevaron al despacho de Cruzado. Abrió la puerta, de esas que chirriaban. No había nadie dentro. Empezó a pensar que, si solo era una broma de Gabi, no tenía gracia. Él sabía de sobra que, a ella, los payasos asesinos le ponían la piel de gallina, por eso le había resultado tan fácil interpretar a Ángela.

Bárbara
¿Dónde puto leches estas?
No tiene gracia.
20:23

Gabi
¡Claro que la tiene! Estoy muy cerca...
20:24

Recibió otra fotografía. Esta vez solo se veía la careta del payaso asesino.

Bárbara
Creía que querías echar un polvo, no acojonarme.
20:25

Gabi
¡Lo siento! Es que se me ha pasado decirte que no soy Gabi ☺
20:25

Lo que hizo Bárbara fue enviarle un mensaje de voz diciéndole que no tenía gracia y que se iba a marchar. Habló asustada y dando pasos hacia atrás. Unos segundos después, llegó la respuesta, también en forma de audio:

—¿Por qué me sigues llamando Gabi?

Esa no era la voz de su amante. Era la de otra persona, distorsionada. Ni siquiera podía reconocer si era de un hombre o una mujer.

Las luces se apagaron. A Bárbara se le escapó un grito de terror. Y otro al sentir que había alguien más en la habitación que acababa de acariciarle el pelo.

—¡¿Quién está ahí?!

A tientas, buscó algo con lo que defenderse. Encontró la botella de Cruzado, con la que bebía en el despacho. Era una versión de atrezo, estaba preparada para romperse en mil pedazos sin hacer ningún daño. Lo recordó cuando se encontró de frente con el payaso asesino y se la lanzó. Antes le miró a los ojos negros de la máscara, con esa sonrisa rota en las comisuras que dejaba ver una boca negra de pesadilla. Olía a azufre, como el infierno. El payaso le mostró el martillo, un sacaclavos de carpintero con dos filos en un extremo y un mazo muy pesado en el otro. No era como los que ha-

bían utilizado en el rodaje, de plástico, aunque con una pintura que brillaba como el metal. Este era real y por eso rompió todo lo que golpeó. Bárbara gritó y logró escapar, o tal vez el payaso la dejó hacerlo porque quería alargar el momento para poder saborearlo.

Corrió por los pasillos haciendo el mismo recorrido que hizo Cruzado para escapar de sus asesinos, aunque esta universidad fuera de mentira. Bárbara se escondió detrás de una de las paredes y se tapó la boca para que no se oyera el sonido de su respiración disparada. El payaso asesino cada vez estaba más cerca, Bárbara oía sus pasos. Cerró los ojos cuando estuvo a su lado, deseando que no la encontrara. Lo hizo, el asesino la descubrió y ella intentó defenderse y escapar. Cayó al suelo cuando le lanzó el martillo a la espalda, golpeándola en la nunca.

—No, por favor... ¡Por favor! —le rogó desde el suelo.

El payaso la arrastró tirándola del pelo, con tanta fuerza que le arrancó parte del cuero cabelludo. Los gritos de Bárbara llenaron todo el plató vacío mientras intentaba clavar los pies en el suelo para salvarse. No lo consiguió. El payaso la llevó hasta lo alto de la escalera que terminaba en la estatua del Quijote. La cogió en brazos por la cintura, con una fuerza que parecía sobrehumana.

—No lo hagas... ¡No!

Lo hizo. El payaso la lanzó desde el precipicio de la escalera para asesinarla de la misma forma que el personaje que ella había interpretado acabó con Cruzado. Bárbara gritó mientras caía, hasta que la espada del Quijote la atravesó justo por la boca, rompiéndosela. El filo también atravesó la materia gris de su cerebro y el cráneo. Tardó unos segundos en morir en los que todo su cuerpo convulsionó. Quería gritar, pero ya no tenía vida para hacerlo. Lo último que vieron sus ojos fue la máscara del payaso asesino. Lo último que escuchó fue su risa.